



Alberto ORTIZ (2018). *Ficciones del mal. Teoría básica de la demonología literaria para el estudio del personaje maligno.*

Barcelona: Calambur Editorial, 200 pp.  
[ISBN 978-84-8359-443-8]

Satanás, Luzbel o Lucifer, entre otras advocaciones del Maligno, son nombres que encierran la maldad pura, que a veces atrae y a veces repele, mas nunca deja indiferentes a lectores, creyentes, profanos y, en general, a todos los seres humanos. El diablo representa toda la maldad y, a su vez, recoge aquello que escapa de la ley y de lo permitido. Él es una síntesis donde se encuentran los instintos y las pulsiones humanas sin filtro y sin restricción. Es el transgresor por antonomasia, es el que fue creado por el mismo Dios para ponernos a prueba. En suma, es el que busca pervertir a los simples mortales para tener más compañeros de desgracia.

Entre los productos culturales que han dado forma a la maldad se encuentra la literatura. Sin embargo, a pesar de la evidente presencia del Maligno en la literatura desde los inicios del cristianismo, los estudios sobre el mismo se han enfocado en la historia, la teología o la moral. Falta un estudio y una reflexión sobre el diablo-personaje dentro de un discurso ficcional. El libro de Alberto Ortiz, *Ficciones del mal. Teoría básica de la demonología literaria para el estudio del personaje maligno*, es un acercamiento al personaje y una búsqueda de una teoría para explicar al diablo en el texto literario.

La demonología no es nueva en nuestro mundo occidental. Ya durante la Edad Media y el Renacimiento, algunos teólogos como Anselmo de Canterbury disertaron sobre el tema; sin embargo, ¿qué hay del diablo como personaje literario? ¿Qué hay de la demonología como teoría literaria? Definitivamente es una labor novedosa que permitiría acercarnos al personaje ya no como una especulación religiosa o filosófica, sino como un personaje literario, cuyas características compartiría con otros personajes que llamamos «malos» o «perversos»:

[...] la idea hipotética llamada aquí Demonología literaria ha de entenderse como una construcción teórico-metodológico para reconocer, analizar, interpretar y explicar la función de toda figura o personaje en el papel de malignidad que los textos literarios, en especial los narrativos, presentan como ejes sobre los cuales descansa el dilema transcendental del tema y la trama de la obra (p. 12).

Alberto Ortiz inicia su reflexión, previa a la propuesta teórica, retomando algunos lugares comunes sobre el diablo, como por ejemplo, su presencia en los relatos ejemplares de la Edad Media o en las obras de teatro del Siglo de Oro, donde aquel tendrá funciones pedagógicas, a través de la amenaza de que nos conducirá a los infiernos, si caemos y recaemos en el pecado.

Punto y aparte merece la mención de Ortiz del binomio diablo-mujer, pareja indisoluble desde que el mundo es mundo. La literatura, interesada en esta pareja infernal, la ha retomado una y otra vez: Lilith, la vampiresa, la súcubo, la licántropa, son ejemplos de esta mujer diabólica que casi nunca actúa por cuenta propia, sino manipulada por el demonio. A diferencia de las posesas, el pactante —según Alberto Ortiz— será siempre un hombre, en cambio la mujer será por lo general una sierva. El hombre pactante obtendrá beneficios materiales, intelectuales y de poder, a diferencia de la mujer sierva, ya que ella solo es el medio, el vehículo para establecer el pacto. La pareja primigenia es el modelo de la mujer manipulable por el diablo, aquella que no exigirá nada ni solicitará una prueba, simplemente se dejará llevar.

El diablo, según el autor, es el engañador por excelencia, es el que ofrece oro, poder, bienes terrenales de todo tipo, a cambio del alma. Pero las cosas no son tan sencillas como en el pacto de aquel doctor Fausto del Renacimiento. El diablo, aprovechándose de la condición sensual de los seres humanos, accede a su aparato neumático a través de los órganos de los sentidos; así, engaña a la vista, al olfato, al oído y manipula a los hombres, aprovechando su tendencia al mal, con una voluntad que se inclina más fácilmente a la consecución de sus deseos que al sacrificio. De lo anterior surge la necesidad del diablo en las artes y la literatura como una metáfora del ser humano, que se sabe malvado y fuente y origen del mal en el mundo.

En el *Libro Segundo*, Alberto Ortiz aborda al personaje literario como una construcción lingüística, que si bien está nutrida de referentes externos, no deja de ser parte de un discurso, de ahí su factibilidad para establecer una teoría. En tanto red de palabras, el diablo es un doble, al igual que el personaje literario y, sin embargo, están cercados por las reglas gramaticales y la tradición en la que están inmersos.

Para el racionalismo moderno, la idea de diablo sirve para tres cosas: la tradición de una metafísica escatológica, un invento del poder como forma de control o la manifestación de las supersticiones de un pueblo. De lo anterior surge la necesidad de buscar la concordancia sintáctica del personaje entre los diferentes contextos en que ha surgido el concepto, para conocer, como si de una palabra aislada se tratase, su relevancia dentro de un discurso.

En el campo de la literatura, el personaje instigado corre los senderos de tres vías narrativas: su deterioro moral, la pérdida de su alma o la salvación. Sin

embargo, cabe la posibilidad de que el personaje ya haya sido malo desde el principio y su inclinación al mal se haya dado naturalmente: el diablo solo acudió para confirmar la maldad inherente.

El mal ha acompañado a los seres humanos desde el inicio de los tiempos; sin embargo, las representaciones lingüísticas sobre su catalizador, el diablo, sí han cambiado en cuanto a su traducción en palabras. Alberto Ortiz afirma que la justificación del diablo procede del cambio y la adaptación. Por ello su imagen y representación han cambiado de una etapa a otra. Lo que se mantiene estable es la función actancial del personaje maligno, es decir, el oponente, el otro o el que introducirá acciones y funciones que se oponen a las de los héroes o personajes centrales.

El texto literario, microcosmos del mundo, plantea a los personajes malignos u opositores a manera del discurso religioso-cristiano y adecua al diablo como el opositor a Dios y su condición del que introduce la maldad en el mundo. Según Alberto Ortiz:

El que se opone al bien cumple con su objeto transgresor: Asentar la importancia del disturbio, modificar la vida común que todos, hasta antes de su aparición, consideraron el sentido ético del bien emanado de las divinidades y dispuesto para ellos, sus elegidos, a manera de una dádiva, hasta que la funcionalidad antagónica les demuestra que la cotidianidad rutinaria, la verdad revelada (p. 101).

El diablo también es el que acompaña a sus súbditos y en la literatura se representa por un torvo personaje que está al lado del personaje principal: un perro negro, un gato del mismo color, un fraile que jamás descubre su rostro. Todas imágenes que demuestran la simpatía del maligno por el personaje. Así Fausto o san Antonio fueron acompañados por el diablo, el primero por voluntad e invocación, el segundo acosado para hacerle caer en la tentación, pero ambos acompañados siempre por el diablo.

Al pasar los siglos, de compañero inseparable del personaje, el demonio adquiere una supremacía como personaje autónomo durante el Romanticismo. Aquí el Maligno ya no es el vehículo o detentador del mal y del pecado, es una especie de ser caído en desgracia, melancólico, pesimista ante el castigo de su Dios padre. El Romanticismo es un parteaguas donde la noción del mal se debilita y se forja individualmente. El conflicto entre el bien y mal está en cada ser humano y es una elección personal. Históricamente lo anterior se entiende por el tránsito del mundo religioso al mundo laico.

A partir de este mundo moderno, la imagen del diablo se diluye literariamente y da lugar a hombres malvados y al concepto de maldad. «El Romanticismo traza las figuras dominantes del mal humano: piratas, asesinos, perversos, drogadictos, artistas» (p. 120). Los seres humanos comprenden que las manifestaciones

humanas requieren un empujón del mal. La ciencia moderna, la tecnología, el concepto de arte por el arte son las primeras manifestaciones de que Satán está en todo, es casi igual de omnipresente que Dios y se encuentra por ejemplo en Sade y en los poetas malditos.

El diablo se antropomorfa en la era moderna, pero siempre con alguna característica que revela su origen. Por ejemplo, un olor hediondo, una pata o unos ojos de animal. El diablo, a pesar de ser el gran imitador, no es para nada humano. El personaje diabólico, es decir un discurso que otorga al personaje características del diablo, es fundamentalmente un ser antisocial, transformista y ambiguo.

Casi para concluir el libro, Alberto Ortiz retoma las formas en que se establece el vínculo entre el diablo y el hombre. Serían tres: el pacto, la posesión y el aquelarre. El primero y el tercero son voluntarios y hay acuerdo. Por el contrario, la posesión es involuntaria y, según la tradición, el diablo busca los seres más puros, virginales e inocentes. El aquelarre, celebrado en un tiempo y espacio específicos, ha generado un sinfín de representaciones artísticas y literarias, las mismas que abren puertas a miradas voyeristas que nunca han participado ni participarán en uno. Quizás lo carnavalesco sería lo más apegado a la experiencia humana que abre las puertas a la descripción del aquelarre.

VALERIA MONCADA LEÓN

Universidad Autónoma de Zacatecas – México  
[valml1606@hotmail.com](mailto:valml1606@hotmail.com)